

LOS mitos griegos no quieren morir. Pueden atravesar una época de decadencia en el recuerdo, en la estimación, en la fe estética de la humanidad, pero a la larga renacen y vuelven a inspirar obras llenas de vida, de ilusión y de juventud. A la fe religiosa que alimentó su nacimiento, sucede otra clase de fe, la fe humanista, la fe artística. Y su simbolismo, lleno de experiencia, se aplica a nuevos desarrollos y destella luces inéditas.

La época actual es particularmente propicia a la renovación de los mitos. En las artes plásticas, como en la literatura, el teatro, el "ballet" o la música, vemos todos los días sorprendentes reapariciones de los dioses más o menos metamorfoseados y a veces "camuflados" bajo novedosos disfraces, que, sin embargo, descubren su verdadera condición a poco que se les cosquillee bajo el antifaz.

Hoy queremos llamar la atención sobre el hecho de la reencarnación poética de Dánae. No ya el oro de Venecia, sino la plata orbayada de Galicia desciende simbólicamente, Dánae, la Dánae de hoy, se encubre bajo otro nombre bellissimo. Cuando recibí un libro de poemas, una prometedora "Anfora", al conjuro de ese vocablo tan eufónico, y, sobre todo, de las tres palabras que parecían significar el nombre del autor, las tres palabras de mágica armonía e indelible sugestión, pensé que me las tendría que haber no con una mujer, sino con un mito. La impresión, la intuición súbita, se confirmó al encontrarme en la primera página con la propia Dánae en persona.

"La llamada de Dánae" inicia los poemas y nos sitúa de pronto en un clima irreal, fragante a mil sensualidades respiradas. De cuando en cuando, algún nombre concreto me traía al mundo verídico: los padres de Dánae, es decir, de Luz Pozo Garza. J. R. J., es decir, Juan Ramón. Vicente Aleixandre y su junco de lluvia. Al final se busca en vano un colofón que ancle en mensaje en la tierra no mítica. Tan sólo en la lista de obras del autor aparece un nombre de ciudad gallega que no coincide con el de la fecha, y data manuscrita al pie de la gentil dedicatoria. Ni señas para agradecer el envío.

D A N A E

Hasta que al fin encuentro un día a un amigo del Noroeste y se me ocurre preguntarle por Luz Pozo Garza, si existe efectivamente, si es de carne o de mito, si se llama así. Y, ¡albricias!. Luz Pozo Garza es un nombre inscrito en el Registro Civil, no es un sobrenombre poético y simbolista, aunque lo parezca. Vive, en efecto, en Vivero, en la clarísima ría alta de Lugo, vislumbrada desde el autobús de línea con nostalgia del que ve perderse el mar para ir subiendo a las asperezas de Mondoñedo.

Luz Pozo Garza es, además, pianista, según me comunica el fiador de su existencia. Pianista no profesional, pero admirable. Y yo me dejo acunar por la belleza del nombre y apellidos, con el paisaje de playa al fondo. A las dos "uves" de la palabra "Vivero", se suma una más: la que trazan en el aire de Galicia los tres nombres de su nombre. Como un azor la Luz altísima se abate vertiginosamente sobre la presa subterránea del Pozo, para revolotar gloriosa, trasmutada en Garza. Y luego las tres "cedas"—Luz, Pozo, Garza—tijereteando a aletazos el azul de marzo.

Por otra parte, y por si esto fuera poco, Luz Dánae se profetiza también por su nombre y otra "Uve" gigantesca y ce-

leste baja hecha oro de la codicia de Júpiter el ánfora de tierra húmeda, para regresar victoriosa a su Olimpo.

No nos extrañe con tales auspicios onomásticos que la poesía de Luz Pozo Garza vibre tan desnuda y tan libre. No la exijamos forma, ella sólo nos puede ofrecer materia. La mujer es materia y el hombre forma, decían los aristotélicos del Renacimiento. La arcilla se hizo "Anfora".

No sé si será la primera vez—creo que sí—que conocemos, que sentimos el mito de Dánae a través de la sensibilidad, de la experiencia femenina. Es Dánae misma quien nos lo cuenta, no Ovidio ni Tiziano. Vale la pena de oírsele contar a ella misma. Toda referencia resulta oscurecida y torpe. Una imaginaria de poesía muy actual, muy al tanto de la última sensibilidad y de sus conquistas expresivas, presta su arsenal de pequeños mitos poéticos al servicio del milagro eterno. Y tenemos la estrella abatida de luz y el ingenuo adolescente de oro y las rosas y retamas que claman en la noche por su relieve desprendido, y a Dánae misma, desplomada como un fruto encendido, que alcanza el caracol sensitivo de las brisas sonoras. En una Dánae musical no podía faltar la contraseña de su arte: "Encima, desde las estrellas, nos cobija un llovido intervalo desnudo."

También la vocación musical se revela en el gusto por el juego eterno de las variaciones. Todo el primer poema, constituido por una serie de poemas breves en prosa, viene a ser un desarrollo en variaciones o diferencias sobre la "uve" de Dánae, sobre las tres notas de Luz Pozo Garza. Bacante, ingrátida, indiferente, inmersa, poseída, evadida siempre Dánae.

Y el libro se continúa, se concluye con nuevas reencarnaciones disfrazadas del único mito, hecho verdad en el fuego y el agua de una piel vegetal. Y los niños y la muchacha bajo la lluvia y nasta la pasión del río, derribado sobre su propio brazo de luz, anclado, pero vivo, bajo las estrellas, espera y sueña rojas manzanas sobre su corazón, porque si Dánae hubiera nacido río y no mujer, no sería lluvia de oro ni de cienienta plata gallega, sino de manzanas, la única que podría colmar su ánfora ofrecida.

Gerardo DIEGO
de la Real Academia
Española.